

gresó á Madrid con grata memoria de aquellos treinta y tres dias felices pasados entre amigos y entre flores.

XXIX.

Por el tiempo que tuvo lugar esta reunion, ya escribia sus correspondencias para América. De allí le pedian de continuo sus consejos é instrucciones. De manera que puede decirse que Castelar popularizaba la idea democrática, no solo en Europa, sino en América tambien. No se diga que allí no hacia falta. Allí donde hay tiranos como Rosas, donde hay motines y guerras civiles tan sangrientas como las de aquellas regiones, la verdadera comprension de la democracia hace falta, y mucha. «Nada sabemos de Europa y de España, solian escribirle, mas que lo que V. nos dice. No vemos los asuntos de los pueblos europeos mas que con los ojos con que V. los mira.»

En esto la revolucion lenta de las ideas proseguia en España su curso: los trabajos de zapa contra la pobre reina que iba á pagar con el destronamiento y la expatriacion sus propios escándalos y los ajenos, adelantaban. Un dia Castelar se acercó á Rivero y le dijo: Señor Rivero: es preciso que esto vaya mas aprisa. Es preciso que nos declaremos anti-dinásticos: es preciso que la «*Discusion* empiece una campaña anti-dinástica.» Rivero se asustó un poco y contestó que no le parecia oportuno; que lloverian las multas y las denuncias sobre el periódico: que la *Discusion* con-

cluiría por morir y que nada se habria adelantado. El periódico *La Democracia* salió de este diálogo.

Castelar tenia algunos miles de duros. Unióse á Carrascon que trajo su óbolo y algunos otros que trajeron tambien el suyo. Jamás ha habido dinero mas honrado y mas legítimamente ganado que el que aportó Castelar á esta empresa. Aquel puñado de oro era el fruto de nueve ó diez años de trabajo continuo y partináz.» Cuando fué necesario, dice él mismo en el prólogo de la *Fórmula del Progreso*, los pequeños ahorros arrancados á un trabajo de doce horas diarias, cayeron en el abismo sin fondo de un periódico que consagrado á destruir una dinastía poderosa, estaba condenado por lo mismo á bien rudas pruebas.» Se preparó todo: se constituyó el depósito: se obtuvo la autorizacion para publicar el periódico y el 1.º de Diciembre de 1863 apareció el prospecto de *La Democracia*. Era una obra maestra: era el ideal de la democracia espuesto en un estilo magnífico: eran las ideas condensadas que esperaba el pueblo, pero en un lenguaje que el pueblo no aguardaba. Acostumbrado todo el mundo á pasear un minuto la vista por los cien prospectos de los cien nuevos periódicos que todos los dias aparecen y á rebujarlos y tirarlos luego, todos se quedaron sorprendidos al ver que aquel era una verdadera obra de arte y de política. Las gentes se le guardaban en el bolsillo para leerle otra vez en casa. «Esto debe guardarse,» decian. Era de Castelar. A los pocos dias en cuanto circuló por España el prospecto y se supo que *el periódico de Castelar* iba á salir á luz el 1.º de año, cuatro mil suscripciones cayeron, como un primer presente

de la fortuna, sobre la administracion, apenas montada, de él. La redaccion de *La Democracia* era de las mas brillantes. Formábanla Salmeron, Uña, Saulate, Fernando Gonzalez, Carrascon y otros jóvenes igualmente ardientes é inteligentes, la flor de la democracia, en fin.

Ruda fué la campaña que sostuvo *La Democracia*. Aunque Castelar no tuviera en la historia de su vida mas merecimientos que los que hizo en las continuas peleas que se vió obligado á sostener en su periódico, serian bastantes para que los demócratas españoles le estuvieran agradecidos. Dos fines especiales se propuso en el periódico: combatir sin tregua la dinastía borbónica y las ideas socialistas. Izó la bandera antidinástica y la bandera individualista y, dictador de las ideas, dijo al pueblo; «Ven detrás.» Era el tiempo aquel en que los demócratas luchaban á brazo partido los unos con los otros: el tiempo en que unos decian que no habia periódico en el mundo como *La Discusion* y en que decian otros que no le habia como *La Democracia*: el tiempo en que, en el Fomento de las Artes, sociedad de obreros, andaban poco menos que á la greña socialistas é individualistas: el tiempo en que Pi, Garrido y Guisasa, eran tres dioses de una misma trinidad, y Castelar, Rivero y Orense tres dioses de otra: y el tiempo en que los periódicos ministeriales se reian de la democracia y la decian: «Despues que os hayais entendido unos con otros, hablaremos.»

Si Castelar era el ángel del periódico, Carrascon era su diablo. Cada dia se le ocurría una nueva travesura que recogía Castelar, y la exponía en su estilo límpido y magestuoso. Un dia escri-

bia este pidiendo reformas y encomendando la moderacion á los suyos: otro exponía los males de las quintas: otro lloraba las desgracias de la Polonia: cuando, reclamaba una mirada del gobierno sobre Cataluña: cuando, exponía el maquiavelismo de Napoleon en América: el 5 de Marzo, célebre para Zaragoza en los dias de la guerra civil, le arrancaba un recuerdo de admiracion á la ciudad cantada ya por Byron: la postracion de la aristocracia le inspiraba otro artículo: las grandes señales que veía en el horizonte le inspiraban, en fin, el convencimiento de que pronto acabaria todo aquello y escribía otro artículo, la «Redencion social.» Mucho trabajó, mucho escribió. Los artículos de entonces publicados despues, forman tres tomos, y aun faltan en ellos algunos de menos importancia, que le exijian las necesidades diarias del periódico.

Por fin cayó el ministerio Miraflores, aquel ministerio de requeson, especie de tortilla de yerbas sin olor ni sabor, y vino Narvaez, el ferroz Narvaez. Pero aquel Narvaez, segun decian sus amigos, no era el de siempre; era un Narvaez liberal, muy liberal, liberalísimo. No iba á denunciar periódicos, ni á llevar á Filipinas á ningún ciudadano, ni á fusilar á nadie, cosas que parecian imposibles en aquel hombre sangriento como los tigres. Quería sacar del retraimiento al partido progresista, y ese era el secreto de toda aquella política que se inauguraba. Gonzalez Bravo estaba hecho un demócrata y no le faltaba, para parecerlo, mas que el gorro frigio, que por entonces aun no se estilaba. Castelar escribió dos terribles artículos, el 23 y el 24 de setiembre, el primero contra el partido moderado y el

segundo contra la política de astucia y de emboscada que venia á practicar con los partidos liberales. En el primero decia: «¿Nos manda el partido moderado? Cuando nos dirigimos esta pregunta á duras penas nos atrevemos á contestarla..... Extranjeros y apóstatas; eso han sido siempre los moderados. Isturiz, su jefe, por el carácter, apóstata; Galiano, su jefe, por la palabra, apóstata; Gonzalez Bravo, su jefe, por el maquiavelismo, apóstata; Arrazola, su jefe, por la astucia, apóstata; Nocedal, su jefe, por la travesura, apóstata; Narvaez, su jefe, por el sable, apóstata; Donoso Cortés, su jefe, por la idea, apóstata; Toreno, su jefe, por la habilidad, apóstata; todos desleales, todos traidores á la causa del pueblo. El partido doctrinario no es en España mas que un apostolado de Judas. Por eso, porque la conciencia política de ese partido está completamente viciada, completamente corrompida, cuando manda no tiene mas medio que la fuerza, ni mas arte que la corrupcion política, ni mas esperanza que el silencio del pensamiento, ni mas consecuencia, ni mas resultado, que la completa postracion del pais, en una orgía de revistas inútiles, de fiestas ridículas, de elecciones inmorales, de reparticion del presupuesto, de caprichos como los de Calígula, de proscripciones como las de Sila, de escándalos y de tiranías.» En el segundo escribia estas enérgicas palabras: «¿Qué es el ministerio del general Narvaez? Una emboscada contra la libertad. El general en vez de presentarse fuerte, decidido, con la espada de la dictadura en las manos, se presenta artero, taimado, dispuesto á halagarnos hoy para envilecernos mañana. No de otra suerte se esplica esa

série de medidas que en apariencia tiende á satisfacer la opinion, en realidad á fortificar á sus mas feroces é implacables enemigos. Se ha visto que las ideas de libertad corren por todas las inteligencias, iluminándolas y enalteciéndolas; se ha visto que el espíritu del siglo es demasiado viváz para combatirlo de frente, y el enemigo no acomete cara á cara como el leon, sino con rodeos como el tigre. Niños seremos, niños inocentes, si dejándonos llevar de momentáneas impresiones, lo creemos, lo escuchamos y le tratamos con aquella consideracion y con aquellos respetos que solo merecen los leales. No, no; entre el general Narvaez y el partido liberal hay un mar de sangre. Para acercarnos á él, para reconocerle como un hombre dispuesto á transigir con las ideas del siglo, y digno de que con las ideas del siglo le combatiéramos, necesitaríamos hollar los cráneos de nuestros mártires sacrificados á sus plantas. No olvidemos hoy la historia. No seamos tan confiados como fueron nuestros padres. El general Narvaez solo puede representar la reaccion: sus partidarios solo pueden ser los soldados de la tiranía. Si es cierto que se quiere practicar la libertad, no se olvide que la libertad tiene sus defensores, y no se la entregue á la custodia de los que solo han sabido herirla en los campos de batalla ó venderla en los parlamentos.»

La monarquía presentia su ruina cercana y fluctuaba entre dos abismos. Tenia miedo de perder sus goces con el trono y tenia miedo de entregarse á los liberales que era para ella lo mismo que entregar el alma á Satanás. El dia 29 de setiembre era el aniversario de la muerte de Fer-

nando VII. Había que hacer algo alusivo á aquel día y Castelar escribió un artículo que se titulaba «El Reinado de Fernando VII.» Era el resumen de la historia de aquel rey, pero concienzudamente hecho. Se vieron pasar materialmente á través de aquellas líneas las sombras de las víctimas de aquel monarca, yo no sé que mas, si ingrato ó infame. Parecía que pedían justicia á los vivos contra la sombra de Fernando. El artículo terminaba de esta suerte; «Decía un historiador contemporáneo hablando del entierro de Fernando VII; «Al bajar al panteon el féretro, rompieron con él una grada de piedra, para que hasta su muerte causase ruinas; y durante la última ceremonia, era tal el hedor, que la comitiva no podía resistirlo, y algunos individuos se desmayaron. Imágenes vivas del reinado de Fernando VII; porque en el sepulcro, exhalados los aromas de la lisonja, solo queda la verdad, y la verdad de la tiranía es toda corrupcion.»

La corte se indignó: el ministerio lo mismo. Los periódicos ministeriales levantaron el grito al cielo. Aquello era indigno é infame: una verdadera villanía periodística. Hubo uno que llegó hasta decir que «había *tribunos deslenguados* á los que nada detenía. *La Democracia* contestó al día siguiente que los *tribunos deslenguados* contarian la historia de las dinastías reaccionarias.» En efecto, el otro día escribió Castelar. «Las dinastías reaccionarias.» Pintó á Carlos I cerrando tres parlamentos: á su mujer Enriqueta perdida entre frailes y entre monjas: á Luis XVI, que contemplaba todos los días el retrato de Carlos I hecho por Vandyk y que sin embargo obró como

él: á Carlos X que habiendo visto caer el derecho divino de los reyes de su raza, obró como si aun le tuviera y se coronó en Reims como un monarca antiguo: á Luis Felipe, que huyó como Carlos X: á Fernando de Austria que abdicó: á Federico de Prusia que se volvió loco: á Fernando de Nápoles, el rey Bomba, que se embarcó sin corona en Gaeta: al rey de Grecia, á los duques de Parma, Módena y Toscana, reyes sin reino, régios emigrados que nada habían aprendido los unos con las desgracias de los otros, y que pretendían obrar en el siglo XIX como habían obrado sus antepasados en la edad de oro del absolutismo. El artículo causó honda sensacion y los periódicos ministeriales volvieron á enfurecerse.

El camino emprendido era bueno y el daño que se hacia á la dinastía mucho. Castelar decidió recorrerle hasta el fin, sin reparar en dificultades y peligros, y se decidió entre los redactores de la *Democracia*, escritores todos que manejaban muy bien la pluma, escribir cada uno de ellos un día la historia de cada uno de los monarcas destronados. Pero antes que esto sucediera, el gobierno que habia visto con iracundos ojos el artículo «Las dinastías reaccionarias,» publicó una real orden sobre enseñanza pública, encaminada especialmente contra Castelar. Era ministro de Fomento Alcalá Galiano, el orador de la Fontana y el que habia llamado tantas veces á Fernando VII tirano y loco, y Ochoa director de instruccion pública. La real orden ponía en perpetua tutela á los catedráticos, los seguía á todas partes, á donde iban á ejercer sus derechos de ciudadanos, á la prensa, á las reuniones, á los comicios y usando

de *un rigor saludable* los deponia si hablaban ó escribían contra el régimen entonces vigente, por haberse sin duda incapacitado moralmente para ejercer la alta magistratura del profesorado. No hay que decir que la circular fué mal recibida. Al cabo era un nuevo atentado contra la libertad.

Pero antes de proseguir nuestro relato, debemos decir cuanto peleó Castelar en noviembre de este año—el año 1864—en favor del retraimiento y meses despues. Los acontecimientos anteriormente narrados acaecían en octubre. ¿Qué política convenía seguir? Esta era la grave, gravísima cuestión que preocupaba por entonces á los hombres públicos. ¿Convenía á los partidos liberales ir al parlamento y servir, como el coro de la tragedia griega, para hacer resaltar mas las cualidades de los héroes? Convenía á los partidos liberales servir de comparsa, para que el gobierno hiciera lo que le acomodara, y lo hiciera con capa de legalidad? No, en verdad. Cuando el poder público barrena las leyes, viola hipócritamente la constitucion, y, ni las advertencias, ni los consejos, ni aun las amenazas de los enemigos le detienen en el camino que emprende, el retraimiento no solo es justo y lógico sino necesario; así como es un crimen cuando los derechos individuales están reconocidos y respetados y una amplia legalidad abierta á todo el mundo. Narvaez habia dicho cuando le dijeron que el partido progresista optaria por el retraimiento. «Esos señores me van á dar por el gusto de enviarlos á Filipinas.» Pero el partido progresista no habia hecho caso. El 1.º de noviembre escribia Castelar; «El retraimiento es la última razon de los

partidos liberales. Se acerca, sí, se acerca á mas andar el dia que se tome una resolucíon suprema. Los ánimos se hallan profundamente conmovidos; el ministerio suspenso y sin aliento, el pueblo ganoso, la reaccíon próxima á conjurar con una dictadura violenta, violentísima, la ruina que la amenaza. Esta especie de estupor que sobrecoge á nuestros enemigos prueba la fecundidad que lleva en su seno la política de retraimiento. Renunciemos á ella, vayamos en tropel á los comicios, votemos candidatos destinados á una derrota segura, logremos por la complacencia del gobierno algunos representantes que en buen hora pronuncien académicos discursos, y den efímeros votos, y toda la fuerza que tenemos hoy en la opinion, se habrá perdido, y todo el terror que hoy inspiramos al gobierno, se habrá trocado en risa.»

Los órganos del Gobierno decían con hipócrita astucia que debían venir los progresistas al Parlamento para que tuviera lugar el turno de los partidos. Aquellas palabras, en verdad, no eran mas que un escarnio, porque todo el mundo sabia lo que en palacio se pensaba de los progresistas. ¡El turno de los partidos! ¡Qué mofa! Habían caído los bravo-murillistas y habían venido los polacos: habían caído los polacos y habían venido los vicalvaristas: luego los moderados y otra vez luego los vicalvaristas: los progresistas jamás. ¿El argumento era formal? Se acusaba á los demócratas de querer lanzar por puro egoismo de partido, y no por el bien del país, á los progresistas al retraimiento. Castelar dijo: «Se dice que nosotros tenemos un interés de puro egoismo en

que el partido progresista opte por el retraimiento. ¡Cuán mal nos conocen los que así nos juzgan!... El interés egoísta de la democracia está en que el partido progresista se equivoque, en que cada día pierda una parte mayor de popularidad... Pero sobre nuestro interés egoísta de partido está el interés generoso por la libertad: está la noble impaciencia de ver mas pronto estirpado el régimen doctrinario»...

El partido progresista se reunió. Prim, Olózaga, Sagasta, Zorrilla, Asquerino, Miguel de los Santos Alvarez y otros hablaron. Todos estuvieron acordes en predicar el retraimiento. Castelar hizo con viva alegría la reseña de esta gran reunion, escitando al partido progresista á que perseverara en esta gran política que habia de dar el triunfo definitivo á las ideas liberales. «Estémonos, todos los que la reaccion ha maldecido, en el monte Aventino. Allí está nuestra propia honra y la libertad de la patria,» escribia. Hizo otro artículo con el epígrafe: «El dia del retraimiento:» tornó á insistir sobre esta cuestion, que era la cuestion vital del dia, en otro que tituló: «Mas á favor del retraimiento,» y en el salon de conferencias, entre sus amigos, en innumerables sueltos en su periódico, en los círculos políticos entre sus correligionarios no se dió punto de reposo para difundir y sostener una idea fuera de la cual no habia salvacion para España. Tambien fué parte la *Democracia* para destruir con su oposicion decidida y enérgica el proyectado anticipo de Barzallana.

La campaña á favor del retraimiento es otro de los laureles de Castelar. Era la piedra, entre otras,

que él ponía, para levantar los cimientos de la futura revolucion.

XXX.

Esponíamos, al suspender nuestro relato, para hablar de las luchas que motivó el retraimiento, el mal efecto que produjo la circular neo-católica de Ochoa, sobre la enseñanza. Castelar contestó á este ataque, que á él, en verdad, solo iba encaminado, que él, en efecto, era el solo catedrático que se levantaba contra el Gobierno, y que si desde la cátedra habia sustentado las ideas liberales, desde la cátedra las seguiria sustentando, y que si desde su periódico lanzaba dardos contra el ministerio, desde su periódico los seguiria lanzando. Narvaez se enfureció, Gonzalez Brabo se sonrió sosegadamente. Pero habia que cumplir una palabra. *La Democracia* habia adquirido el compromiso de publicar dia por dia la historia de cada una de las dinastias destronadas. Si no lo hubiera hecho, hubiérase dicho que Castelar tenia miedo á que le destituyeran de la cátedra. El dia 20 de noviembre escribió: «La caida de una dinastía.» Era la historia de Carlos X: la historia de aquel rey esclavo de la corte romana y de los jesuitas, de aquel rey que convocó la nobleza, que pretendió matar la prensa con las Ordenanzas de julio, y que no pudiendo sostener á Polignac nombró á Casimiro Perier, y que no siendo bastante Casimiro Perier, nombró lugar-teniente del reino al Duque de Orleans, y que no bastando el Duque de Orleans tuvo que huir á ver si su au-